

La Biblioteca de El Colegio de Jalisco

Ing. Enrique Dau Flores

Sr. Presidente Lic. Claudio Jiménez Vizcarra.
Señoras y señores miembros de esta benemérita sociedad.

Estimados amigos que están aquí brindándome tan apreciable respaldo con su presencia en este acto que resulta tan significativo para mí.

Además de mi gratitud, admiración y respeto por Valentín Gómez Farías, debo dar las gracias más efusivas a quienes tuvieron a bien interceder en favor de mi candidatura para ingresar a esta organización de tanto prestigio, no solo por su gran antigüedad, sino también por las refulgentes figuras que han sido miembros de ella al paso de los años y, claro, quienes lo son en la actualidad.

Mi formación profesional es de ingeniero civil, mas considerando que las sociedades humanas se enriquecen con todas las actividades que en ellas se llevan a cabo, he tenido a lo largo de mi larga vida la posibilidad de participar, siempre con gran empeño, en empresas y tareas de otra índole que he considerado de valor, mayor o menor, para nuestra sociedad, a pesar de que difieran de mi aprendizaje primigenio. Para mí, lo principal es que hayan estado relacionadas con mi tema más recurrente y prácticamente objeto de una verdadera obsesión: el estado de Jalisco.

Aprovechando la feliz oportunidad y el privilegio de acceder a esta tribuna tan importante, me permitiré compartir con ustedes una experiencia, por demás placentera, en torno a una gestión exitosa de la que me siento especialmente satisfecho, al igual, creo yo, que quienes me acompañaron en la tarea.

Se trata de la biblioteca de El Colegio de Jalisco.

El 27 de mayo de 1997, hace ya casi 16 años, al término de una de sus sesiones ordinarias, la Junta de Gobierno de El Colegio de Jalisco, que entonces me honraba encabezar, inauguró formalmente la Biblioteca que llevaría el nombre de "Miguel Mathes", un profesor norteamericano estudioso del México colonial.

No obstante la trascendencia del hecho, pues, entre otras cosas, el acervo de referencia se inscribe entre los mejores del Occidente y el Noroeste de México en su especialidad, fue aquel un acto sumamente sencillo, dado que los recursos de la institución eran entonces muy limitados. Además, la constitución de dicho fondo bibliográfico había requerido de un esfuerzo extraordinario en más de un sentido que había mermado nuestras fuerzas.

Pero si el sentido común recomendaba no gastar en boatos, lo cierto es que esa mañana todos los asistentes estábamos plenamente convencidos de la importancia del acto, lo mismo para la futura marcha de la institución que para el desarrollo cultural de nuestra entidad, misma que entonces era sumamente débil en materia de bibliotecas públicas. Quizás exagerando un poco se decía que, proporcionalmente al número de habitantes, Jalisco ocupaba el último lugar en la República, especialmente en cantidad de libros en repositorios públicos.

Bien podría decirse que aquel día se dio un primer paso importante hacia una franca mejoría, hasta que, después de numerosos pasitos, el año pasado diéramos la enorme zancada que constituyó la inauguración de la nueva sede de la venerable Biblioteca Pública del Estado, que depende directamente *la* Universidad: *nuestra* Universidad.

Subrayo lo de nuestra no solo porque en ella estudiamos la mayor parte de quienes han tenido que ver con El Colegio a lo largo de sus treinta años, como es el caso de sus dos últimos presidentes, muchos investigadores y no pocos de quienes forman o hemos formado parte de la Junta de Gobierno, sino también por el hecho de que la Universidad de Guadalajara es uno de los nueve miembros de la Asamblea de Asociados y uno de los que más han ayudado a dicha institución.

Aparte de que más de treinta mil libros de calidad no son poca cosa, esta biblioteca tenía y tiene el atractivo adicional de su especialización en historia de México, con mayor hincapié en el Occidente y el Noroeste de nuestro país. De esta manera resultaba ideal para una institución como El Colegio de Jalisco, dedicado de manera especial a estudios sobre esta misma región.

Pero, además, había un valor agregado que se reflejaba por fuerza en el cálculo aproximado de su valor monetario, que fluctuaba entre los tres y los cinco millones de dólares: el acervo contiene una buena cantidad de manuscritos y de impresos únicos o muy raros en su mayoría de fines del siglo XVIII y principios del XIX, así como también libros de los que hay muy pocos ejemplares en el mundo o, de plano, no hay otro igual.

Al fundarse, en 1982, El Colegio había empezado a reunir libros para formar una biblioteca, mas al contar con menos presupuesto que ganas, lo cierto es que muchos volúmenes de los que pasaron a ser de su propiedad mediante donativos voluntarios de particulares, no eran de la naturaleza deseada o requerida, de tal manera, que es muy poco lo que quedó después de haber hecho la selección y depuración conducente y haber cedido el material descartado a otros lugares más adecuados.

Este tema delicado, pero tal como consta, el espacio y el trabajo de catalogación y preservación también constituye algo importante como para ser ocupado o invertido en novelas medio policíacas y medio pornográficas traducidas del inglés, libros de texto de materias como física, química, ciencias naturales, por ejemplo, o incluso texto de esoterismo, superación personal, etc. cuyos donantes aprovecharon la ocasión para deshacerse de ellos sin el remordimiento de tirarlos a la basura.

En consecuencia, cuando arribaron de Estados Unidos a El Colegio los libros comprados a Mathes, aquel atardecer del 9 de diciembre de 1995, lo que existía en El Colegio no llegaba a dos mil títulos.

Resultaba evidente que, con dicho fondo bibliográfico, no podrían emprenderse nunca programas de educación verdaderamente superior, con la seriedad y formalidad a la que aspiraba una institución de tal naturaleza. En consecuencia, además de fortalecer la investigación regular de El Colegio de Jalisco, fue justamente la apertura de la dicha biblioteca la plataforma para abrir el programa de Doctorado en Ciencias Sociales que tanto prestigio ha alcanzado hoy y tantos buenos egresados ha tenido ya.

Vale señalar que solamente dos colegios, el de México y el de Michoacán, disponen de una biblioteca mejor que ésta. Por cierto que la de esta último fue forjada originalmente en Guadalajara por obra y gracia de un historiador Jalisciense.

Ahora bien, llegar a la inauguración no fue sencillo: una vez se tuvieron los libros en casa, había que construirles un espacio *ad hoc* para su almacenamiento y consulta. Tal era uno de los compromisos adquiridos en el *Acuerdo* que se firmó con el doctor Mathes. Por un lado cabe reconocer el gran empeño que puso el arquitecto José Manuel Gómez Vázquez Aldana, quien planeó los trabajos. Por otro el entusiasmo del Maestro José Luís Cuellar Garza, quien batalló y batalló hasta conseguir por una puerta amiga que el CAPCE aportara los recursos económicos necesarios. No fue fácil y tal vez no lo hubiera conseguido de no haberse requerido en ese tiempo la participación en un frente sumamente delicado del sureste de México, para lograr los famosos *Acuerdos* de San Andrés Larráinzar, que dieron lugar a la pacificación de Chiapas.

Pero la historia no principió aquí. Antecedió una larga negociación y tarea de convencimiento del doctor José Ma. Murià, desde mucho antes incluso de ser presidente de El Colegio de Jalisco.

Tuve noticia de la dicha biblioteca y de las posibilidades de traerla a México casi desde el momento mismo en que asumí la cartera de Secretario de Desarrollo Urbano y Rural del Gobierno de Jalisco, en 1989. Mi amiga José María ya hacía por lo menos ocho años que estaba invirtiendo grandes cantidades de palabras y de tequila para convencer a Mathes de que donara sus libros a México, a cambio de imponerle su nombre a la biblioteca que se creara.

La idea me pareció encomiable desde el principio y hasta se pensó en modificar una finca, de la que el gobierno es propietario, que se encuentra en la esquina surponiente de las calles San Felipe y Pino Suárez. Se hicieron los primeros estudios e incluso se empezó a sondear la posibilidad de adquirir para auditorio la pequeña sala de cine que colinda con la finca de referencia en Pino Suárez, so pena de echaros encima a los amantes de las películas pornográficas, que era en ese tiempo la especialidad del otrora llamado Microcine.

Lo cierto es que, un sexenio atrás, se había contado con la aceptación, el beneplácito y la oferta de ayuda del C. Gobernador de Baja California Sur para llevar dicha biblioteca a La Paz, con la idea de crear, con base en ella, una institución que estudiara desde ahí, con

seriedad, la historia de la Península y de los cuatro estados continentales del Pacífico, hasta Jalisco.

Pero fue el caso que dicho gobernante nunca se tomó en serio su propia palabra, aunque siempre dio muestras de lo contrario, y cuando se llegó al fin de su gobierno no se había avanzado absolutamente nada. Ello coincidió con el regreso de Murià a Jalisco, después de su larga estadía en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Enseguida fue creado un Programa de Estudios Jaliscienses que prometía buenos resultados a corto plazo. Pensamos entonces en la conveniencia de que la biblioteca de Mathes se trajera para el dicho Programa...

Pero cuando Murià asumió la presidencia de El Colegio de Jalisco, en septiembre de 1991, y se integró a esta institución el pequeño grupo que lo acompañaba en el Programa de referencia, parecía a todas luces más conveniente sumar la biblioteca a El Colegio y fortalecerlo de la manera que se hizo.

Lo malo es que había un problema bastante grande: la sede que entonces tenía El Colegio, en el barrio de Analco, contrariamente a los principios que para instituciones de tal naturaleza habían establecido Daniel Cosío Villegas y Luís González y González, de que su elemento más importante debería ser precisamente la biblioteca, la capacidad del espacio dedicado a auditorio era enorme en el antiguo "Patio de los Ángeles", pero el de la biblioteca, además de sumamente incómodo para el caso, tenía una capacidad que no alcanzaba, haciendo algunas adaptaciones, más que para menos de quince mil volúmenes.

Personal de mi dependencia, que hizo algunas modificaciones y reparaciones menores en aquel inmueble, buscó con ahínco la manera de solventar el problema, mas lo único que se vislumbraba –sin agredirlo excesivamente- era de un costo estratosférico, casi superior al de una construcción totalmente nueva...

En esas andábamos cuando sucedieron dos catástrofes, de muy diferentes envergadura una de la otra, pero ambas contribuyeron a entorpecer el proceso de traer tales libros a México.

La tragedia del 22 de abril hizo que todo quedara pendiente hasta que la vida política del estado se recompusiera como se pudo. En el *interin* El Colegio de Jalisco logró mudarse a Zapopan, gracias a la comprensión y receptiva de su presidente municipal de entonces, el licenciado Jorge Humberto Chavira Martínez quien, a pesar de la férrea resistencia de un sector opositor de su cabildo –que luego llegó al gobierno-, le prestó a El Colegio la finca que actualmente ocupa dicha institución en la calle de Cinco de Mayo esquina con Javier Mina, de la cabecera. Aunque sus condiciones eran en verdad precarias, el tiempo dejó claro que ofrecía muy buenas posibilidades de convertirse en un inmueble muy funcional y grato.

De todos es sabido que uno de los resultados de aquella tragedia fue que me dejó fuera de circulación durante más de doscientos días. Sin embargo, cuando pude volver a la vida activa, una de las primeras cosas que hice fue reunirme con un pequeño grupo de amigos y viajar a la ciudad de Sonoma, cerca de San Francisco, en el Estado de California,

para ver la biblioteca y platicar más formalmente con su dueño a efecto de hallar el mejor modo de traerla a México. Los viajeros éramos José Manuel Gómez Vázquez Aldana, Ricardo del Valle del Peral, a la sazón director del periódico *El Occidental*, José María Murià y un servidor. También contamos, aunque no estuvo presente, con el respaldo de José Luís Cuellar Garza.

La conversación más específica tuvo lugar en la Biblioteca Sutro, en la que Mathes estaba a cargo de la Colección Mexicana. Gracias a ello, un nutrido grupo de folletos del siglo XIX, duplicados, había pasado a formar parte del mismo fondo particular al que le habíamos echado el ojo.

La táctica de Mathes para hacerse de dicho material a poco precio fue que él le puso el precio y se convirtió en el único postor, pues nadie más se enteró del asunto...

En dicho viaje nos acabamos de convencer de la importancia de la empresa en la que estábamos metidos. Traer a Jalisco ese caudal de libros, en su mayoría mexicanos de origen, realmente valía la pena.

Tal fue la razón por la cual nuestro grupo de trabajo y amistad fue bautizado con el apellido de ese prominente minero de nombre Adolf Sutro que, en un momento dado, a fines del siglo XIX, adquirió –a su vez, también a muy bajo costo- todo el fondo de una importante librería de la ciudad de México. Era propiedad de un señor de nombre Francisco Abadiano y fue puesta en venta cuando éste murió en 1883. Con dicha operación, la Biblioteca Sutro adquirió un relieve extraordinario.

Para nuestra satisfacción, una parte de lo que fue propiedad de Abadiano, igual que lo que había sido de diversas bibliotecas mexicanas, acabó dentro del territorio nacional.

En ese lugar pudimos también tomar nota de ciertas características del inmueble que resultan indispensables para la construcción de cualquier biblioteca, a efecto de que José Manuel hiciera su proyecto con los pies más firmes. Además, Murià tenía ya una idea bastante clara de cómo quería el repositorio. Estaba inspirado muy remotamente en la biblioteca de la Universidad de Coimbra, en Portugal, aunque adaptada a la modernidad y al gran jardín de la finca, donde se dice que Constancio Hernández Allende, su antiguo propietario, había inventado el tiro mexicano de defensa... Se cumplió ahí cabalmente el deseo sociedad civilizada de substituir las armas por los libros.

Fue entonces cuando se hizo presente el otro tropezón que, no por esperado, dejó de convertirse en un serio contratiempo: ¡la gringa decidió divorciarse del gringo!

Dirán ustedes que la vida privada del hombre no era de nuestra incumbencia. Puede ser que tengan razón. Pero aun respetando la decisión y más aún los motivos que la pareja haya tenido para disolverse, lo cierto es que, como consecuencia de dicha decisión, un rico patrimonio cultural de la Nación Mexicana quedó a la deriva y corrió el peligro de su desintegración. Especialmente cuando la disputa fue resuelta por una juez negra de San Rafael, California, quien sentenció que la colección de libros debería dividirse y entregarse una mitad a cada una de las partes.

He entrado en ciertos detalles sobre el género y la filiación étnica de la letrada, no porqué a mí y a mis amigos del grupo nos importara mayor cosa, pero estamos seguros de que sí incidió en una decisión como esa, dado que el Dr. Miguel Mathes siempre hizo ostentación pública de su machismo y de su racismo, lo cual estaba claramente registrado en su expediente por un incidente que tuvo con la policía del mismo condado, a resultas de haber bebido alcohol en exceso.

De otra manera no se explica que una biblioteca formada por dicho historiador desde muchísimo antes de contraer nupcias con quien estaba dejando de ser su señora esposa, sufriera un trato tan poco justo, contra la expectativa y opinión de varios jurisperitos norteamericanos y mexicanos de prestigio, a quienes se les pidió su opinión.

El tiempo pasaba y la tensión crecía, hasta que Murià logró encararse con la dicha juez, quien, además, según su decir, era gorda y fea. Yo creo que Murià más bien le hizo ojitos y, mediante la referencia al famoso juicio de Salomón sobre la posesión de un hijo, la convenció de que partir la biblioteca por la mitad era un verdadero crimen. “Su Honorable” no resistió el reto que le puso Murià cuando éste le preguntó si en un juzgado de un país tan importante no había nadie capaz de saber el valor de los libros.

La respuesta, para taponarle la boca, fue traer un experto adscrito al juzgado para que hiciera el cálculo. Acostumbrado el hombre aquel a tasar refrigeradores, televisores, vajillas, coches y demás se vio perdido ante tantos libros, muchos de los cuales tenían restos de polilla, con algunas roturas, eran muy viejos y, para colmo, en su inmensa mayoría estaban en un idioma “sudesarrollado” y de gente ignorante, como es el caso del español...

Creo que el hombre incluso debe haber sentido que exageraba cuando dio el veredicto que resultó grato a la juez: 300 mil dólares, lo que era menos del diez por ciento de su valor real. Pero de cualquier manera había que pagarle la mitad a la gringa al contado. Estamos hablando del año 1995, en plena crisis por causa del llamado “error de diciembre” de 1994, aunque en realidad la razón había sido la política económica de Carlos Salinas de Gortari.

El préstamo para pagar la mitad, que debía conseguirse con gran rapidez, se obtuvo del gobierno del estado. Vale reconocer la aquiescencia del gobernador y, sobre todo, la colaboración de José Levy, quien entonces se estrenaba como tesorero del Estado. Él estaba consciente tanto de la importancia que podía llegar a tener El Colegio como del valor de repatriar tales libros.

Vale reconocer que el cheque salió muy rápido, pero también que la deuda adquirida fue pagada después de bastante celeridad, gracias a generosos donadores cuyos nombres se encuentran actualmente en un muro de la dicha Biblioteca.

Entre otras gestiones, vale recordar la comida a la que don Jorge Dipp nos convidó en su casa, específicamente para conseguir aportaciones.

Se agregó a la relación de colaboradores, que está en un muro de la sala de lectura de la Biblioteca, nombres de algunas personas que no dieron dinero mas prestaron gratuitamente servicios de suma utilidad.

En el *interin* y en previsión de cualquier desistimiento, Mathes tuvo la feliz idea de llevarse todos sus libros a una modesta vivienda que tenía cerca de un desangelado lugar de Texas. No carecía de sentido, dado que, al consumarse el divorcio, de su casa de Sonoma quedó solamente como propietario de la mitad. De manera que sacar los libros de ahí podría eventualmente haberse complicado mucho.

El lugar de Texas se llama Plain View, a medio camino entre Lubbock y Amarillo. Como alguien dijo, se halla en medio del camino de ninguna parte a ninguna parte. Hasta allá fue a dar en pos de los libros un tráiler capaz de cargar 20 toneladas que proporcionó gratuitamente el señor Sergio Carlos León Aranda, dueño de Transportes León, S.A. con sede en la ciudad de este nombre, en Guanajuato. Se trataba de un camión con caja refrigerada que solía llevar con frescura jitomates también a Texas.

Como sabemos dicho estado de la Unión Americana es enorme y su destino estaba muy lejos de ahí, pero al hombre no le arredró la distancia y, una buena mañana su vehículo se hizo presente en el lugar y, entre el chofer, mexicano claro, el propio Murià y un escuálido *tameme* gringo, con grandes ansias de darse un buen *pasón* con lo que se le pagó por sus servicios, metieron todos los libros en el enorme refrigerador aquel, apagado claro está.

La “propina” al “*pacheco*” tejano fue uno de los pocos gastos que implicó el traslado. Por lo que hace al chofer, se negó a aceptar más que un emparedado y un vaso de agua al terminar la carga. Luego se pagarían las casetas mexicanas. ¡Nada más! El resto lo asumió generosamente el señor León.

A fin de cuentas la carga ascendió a 19 toneladas y media. En ese caso resultó una verdadera suerte que no fuera mayor el peso, pues por aquellas carreteras de Estados Unidos, ninguna caja de tráiler debe acarrear más de 20 mil kilogramos.

Luego vino el largo viaje por carretera hasta Mc Allen, donde pasó el río Bravo. Fue sorprendente la gran solidaridad del personal aduanero, gracias en parte a que había sido previamente advertido por el licenciado Luís Manuel Gutiérrez Levy, el director general de aduanas, jalisciense por cierto, y solidario también con la operación. Todo estaba muy bien arreglado: hasta el hecho de que el semáforo se podría irremisiblemente de color verde al apretar el botón.

Lo que no estaba establecido con anterioridad es que, al arrancar el camión y comenzar a salir hacia el exterior, todo el personal que estaba en el inmueble le hizo valla y lo aplaudió, como si fuera una Selección Nacional que regresaba triunfante del extranjero. Así lo manifestó uno de los “vistas” con una visión, si se quiere primaria, pero en aquellos momentos de gran valor sentimental: “esta repatriación es un triunfo de la patria”.

Era el atardecer del viernes 8 de diciembre de 1995 cuando los libros pasaron “sin novedad” la frontera de Reynosa, Tamaulipas. Fue un momento de gran emoción, como nos lo compartió después el propio Murià. Al no tener con quien explayarse, pues lo acompañaba solamente el doctor Mathes, y disponía ya muy poca carga en el teléfono celular, hizo solo una llamada telefónica a su hijo, a quien, con voz entrecortada, le dijo todo y nada: “las armas de nuestra república se han cubierto de gloria”.

Quienes estábamos en el proyecto entendimos perfectamente el mensaje: quedaba, por fin, muy claro, después de tantos años de acariciar la idea, que ahora sí estaba asegurada una de las repatriaciones culturales más importantes de toda la historia de México.

La operación se había hecho de manera discreta, sin aspavientos, pero, a fin de cuentas muy eficiente. Los principales autores: Cuellar, Del Valle, Gómez Vázquez, Murià y este servidor, que constituíamos el llamado “Grupo Sutro”.

Vale considerar que también se contó con el respaldo moral que implicaron las importantes manifestaciones a favor de la empresa, de parte del Ingeniero Edmundo Aviña Levy y del licenciado Claudio Jiménez Vizcarra y, además del citado personal de la aduana de Reynosa y del Director General de Aduanas del gobierno de México, vale contar al gerente del hotel Holiday Inn Mission, de Mac Allen, Tex. Era un mexicano que también se entusiasmó cuando supo del cometido y facilitó sin costo su vehículo con todo y un chofer para hacer los necesarios desplazamientos, que eran importantes, hasta la mera frontera para prevenir la llegada del camión, y hasta les hizo un descuento especial por dormir ahí.

Cosa curiosa, el único renuente, cuya puerta se tocó inútilmente, fue el cónsul de México en Mac Allen, quien se negó sistemáticamente a todo lo poco que se le solicitó.

Con una modestísima señal pintada con gis blanco en la puerta roja, que pusieron los aduaneros en la puerta de la cabina, garantizaron que el vehículo transitara sin novedad ni interrupción de autoridad alguna hasta Jalisco.

Así fue. Al entrar al valle de Atemajac lo esperaba ya una patrulla de tránsito que guio el enorme camión por las calles más adecuadas hasta El Colegio de Jalisco, en la calle Cinco de mayo de Zapopan.

Era la caída de la tarde de aquel sábado 9 de diciembre de 1995, no obstante todo el personal de El Colegio se había concentrado voluntariamente para recibir la preciada carga. Los más, incluso, habían traído familiares. De esta manera, si en Plain View costó más de diez horas cargar el camión aquel de “bote en bote”, en Zapopan, la operación contraria se hizo en menos de 20 minutos. Los libros y Murià sintieron en carne propia la infinita ventaja de estar en su propia casa.

Finalmente, con orgullo nacional, pero al modo de los rancheros de Jalisco, podemos decir de la Biblioteca que ahí está “pa’ quien quiera algo de ella”.